

rollar una narrativa cristiana rellenando los silencios de esos relatos asombrosos. Era un impulso ausente entre los paganos para quienes los libros eran cosa de la élite cultural y social, el terreno de filósofos. El respeto a los textos fue característica típica de la nueva religión aún entre creyentes iletrados. El mensaje evangélico ofrecía una sencillez poética para clases bajas siendo capaz al mismo tiempo de una sofisticación considerable para las altas y educadas.

En el siglo IV, con el apoyo y protección imperial y la entrada del cristianismo en el escenario del gran teatro del mundo, el arte de persuadir se hace aún más importante. San Gregorio de Nisa diría que los cristianos habían dado «un nuevo sentido a la oratoria pública». El mismo, orador extraordinario, fue con San Juan Crisóstomo y San Gregorio Nacianceno, la clave de ese proceso en Oriente, como San Ambrosio lo fue en Occidente. En efecto, estos autores cristianos eran perfectamente conscientes de la enorme ventaja que poseían: en contra de la insulsez y agotamiento de la retórica «pagana» los escritores u oradores cristianos podían reinterpretar el pasado, es decir, revitalizarlo dentro de la idea y sentimiento cristiano. No vieron en la *paideia* oposición u obstáculo a la enseñanza cristiana, pero estudiaban a los clásicos griegos como un paso hacia la auténtica *filosofía* que es la doctrina cristiana. De esta manera, se produjo una perfecta integración de la retórica clásica con la *simplicitas* del corazón cristiano. El resultado es una literatura que rompe el elitismo cultural pagano y abre su difusión de par en par pero sin perder el atractivo de las clases educadas.

Una observación muy acertada de la Profesora Cameron se refiere precisamente «a la apertura de la cultura cristiana a otros grupos, fuera de la élite

tradicional, de los que las mujeres eran uno». Por la misma esencia del cristianismo, la retórica cristiana sacó lo privado a la luz pública, o mejor dicho, iluminó la vida privada, y grupos de personas y clases ocultas salieron de su larga oscuridad, sobre todo, las mujeres y los pobres.

Pero la retórica de persuasión y adaptación podría haber oscurecido el centro del mensaje cristiano. Una retórica exclusiva de convergencia y acomodación corre el peligro de aguar lo que es el núcleo de la revelación cristiana, es decir, su carácter eminentemente paradójico. También aquí la literatura cristiana asombra hoy día por su capacidad de abrazar opuestos. Estos autores podían dar un discurso público a la antigua un día y al siguiente escribir un tratado sobre la virginidad cristiana. Podían probarlo todo, y aprovechar absolutamente todo, como les indicara el gran apóstol de los gentiles. *Paideia* y *fides* encontraron así una perfecta colaboración fundada en teoría y práctica en la verdad que era su fundamento, la Encarnación de la Palabra divina. De aquí, a propósito, el papel central de la Virgen, Madre del Verbo encarnado.

A. de Silva

**Bruce HARBERT** (ed.), *Lent with the Fathers*, Veritas Publications, Dublin, 1994, 131 pp., 14 x 21.

Este libro de Bruce Harbert es el octavo de la «Oscott Series» publicada por el Oscott College, Seminario de la Arquidiócesis de Birmingham, en Inglaterra. Como sugiere el título, el libro es una lectura espiritual para la Cuaresma y la Semana Santa. Es una colección de los comentarios evangélicos de cada día para esta temporada. Los autores elegidos son cuatro Padres de la Iglesia: San

Juan Crisóstomo, San Beda el Venerable, San Ambrosio y San Agustín.

Hoy mucha gente siente la necesidad de una espiritualidad más profunda basada en la liturgia y en la enseñanza de los Padres. Bruce Harbert responde a esta necesidad cuando estudia los escritos de Padres que vivían en un tiempo en el que todavía se estaba desarrollando la liturgia. Así logra también hacer a los Padres más accesibles al lector de hoy.

En su mayor parte, los comentarios sobre el evangelio de Mateo son de San Juan Crisóstomo; los de Marcos, de Beda el Venerable; los de Lucas, de San Ambrosio; y los de Juan, de San Agustín.

Para traducir las Escrituras, el autor utilizó la *New Revised Standard Version (NRSV)*, pero se notan unas alteraciones y desviaciones de la *NRSV*, principalmente porque el texto bíblico que conocieron los Padres se diferencia de la actual versión de la Biblia.

R. S. B. Aguilos

**François HEIM**, *La théologie de la victoire. De Constantin a Théodose*, Beauchesne, Paris, 1992, 347 pp., 21, 5 x 13, 5.

El autor de esta obra es profesor de latín en la Universidad de Ciencias Humanas de Estrasburgo desde 1988, y ha dedicado una buena parte de sus investigaciones al estudio de temas relacionados con la religión y la política en el Bajo Imperio.

El libro lleva un excelente prólogo de André Mandouze. Por él sabemos que la obra reseñada formaba parte de la tesis del autor, titulada: «*Virtus*». *Recherches sur la théologie de la Victoire au IVe siècle*.

La noción de «teología de la victoria» se formula por primera vez en 1933 por J. Gagé. Con esta expresión se pretende designar el pensamiento que se elabora en torno a las victorias conseguidas por el ejército de Roma. Ya con anterioridad al cristianismo, en la época de la República, el ritual militar consideraba que la victoria en las guerras debía atribuirse al valor (*virtus*) del soldado, a su espíritu de decisión (*consilium*), a su conocimiento de la técnica militar (*scientia militaris*), y, por otra parte, a la protección de los dioses, que se solicitaba por medio del *uotum*, y que se reconocía por las ceremonias de acción de gracias. Con el advenimiento de Constantino al poder y su conversión al cristianismo se produce un cambio en la religión oficial del Imperio en favor de la nueva religión, que llevará consigo un desplazamiento de la «teología de la victoria», polarizándose entonces sobre el Dios de los cristianos la protección que antes se solicitaba a los dioses.

El presente estudio sobre la teología de la victoria responde a un esquema en el que el autor prima la exposición cronológica sobre la meramente analítica, como metodología de trabajo. Abarca un lapso de tiempo y de autores que van desde el *De mortibus* de Lactancio (313-314), hasta los *Carmina* de Paulino de Nola (395-409). El punto de inflexión o, mejor, de ruptura entre la que llamaríamos época Constantiniana y la de Teodosio, vendrá marcado por la batalla de Adrianópolis del 378, que produjo grandes perturbaciones en la mentalidad y en la vida del *Imperium*.

Desde estos presupuestos la obra se desarrolla en dos partes. La primera está consagrada a la época de Constantino y de sus hijos. En ella el autor examina la teología de la victoria, poniendo especial énfasis en la intervención divina, siguiendo los escritos del propio Cons-